

para el caso de que Fraga ganara las elecciones no pueden pasar inadvertidos a los oídos del presidente.

Los Estados Unidos gravitan, como siempre lo han hecho, sobre la política interior española. Y entramos así en el segundo matiz que antes señalábamos: Carter, en ocasión de la reciente legalización del PCE, casi ha hecho una opción entre las dos grandes posibilidades electorales que hoy se ofrecen en España. Sus declaraciones sobre el eurocomunismo, su política de "no indiferencias sin interferencias", ha sido un apoyo a la decisión de Suárez y un rechazo de lo que pedía Alianza Popular. En términos llanos se podría decir que el Presidente americano se "ha mojado".

No pretendemos decir que Carter va a hacer campaña electoral por Suárez; pero es indudable que tanto su posición a la hora de la legalización del PCE como la propia aceptación de la visita, de consecuencias electorales enormes para el presidente español en el caso de que éste se presentara, actúan en este sentido.

La factura

El Gobierno americano estará apreciando, sin duda, estos hechos; y va a pasar factura por ellos. Si no, no haría lo que está haciendo. En el terreno económico el precio a pagar puede ser, siempre a partir de las elecciones, un reforzamiento de la presencia de las empresas americanas en España, que harán además sus inversiones en un contexto tan favorable para ellas como es el de un plan de estabilización y gozando de todas las facilidades legales posibles. Y ello sin demasiadas contrapartidas en otros terrenos: los problemas que se han planteado a los exportadores españoles de calzado en el mercado americano, las dificultades de los pescadores del Cantábrico en las costas americanas, y los recientes problemas que han surgido para la exportación de textiles, seguirán sin alteraciones.

El precio estratégico es ya más complejo: sabido es que Cyrus Vance estará en España los días 11, 12 y 13 de mayo para revisar, según fue establecido, la marcha del Tratado hispano-norteamericano. Se ha dicho también que viene con la intención de que la utilización de la base de Rota para submarinos nucleares, que caduca el 30 de junio de 1979, se prorrogue. Es posible que a medio plazo, y exclusivamente por necesidades de la política del Pentágono, se modifique la situación de las bases americanas en España: se dice que algunas podrían cerrarse, pero si así fuera sería sólo porque a los Estados Unidos no les interesarían. Porque el mantenimiento de bases en España sigue siendo un objetivo de la estrategia militar americana.

Se entra así en el difícil terreno de una posible conflictividad entre el mantenimiento de las bases, y de la dependencia directa de los Estados Unidos en materia de política estratégica y el ingreso en la OTAN, tan querido en medios militares y políticos de la derecha, del centro y hasta de una cierta izquierda en España. ¿Es posible este conflicto? Planteado entre dos opciones irreconciliables, desde luego no.

El problema está en los plazos de incorporación a la OTAN y las consecuencias que el debate puede provocar en España. Desde quienes piensan que el mantenimiento de las bases, con todos los peligros que ello comporta, y en el deseo de que desaparezcan, constituye una alternativa a la entrada en la OTAN, de consecuencias políticas inmediatas mucho más netas y para quienes por tanto podría ser mejor seguir tal como estamos, hasta quienes piensan, siempre dentro de este juego de ganarse los apoyos americanos en la campaña electoral, que una posición netamente pro bases valdría, a lo mejor, para ganarse los favores del Pentágono. Y hay más posiciones.

Hablábamos de precios y vemos que éstos también tienen su precio. Como último punto, de consecuencias económicas nada desdeñables, está el problema de las restricciones americanas a la exportación de uranio enriquecido que pone en cuestión la viabilidad de programa nuclear español. Se ha dicho, y a nosotros nos parece más que improbable, que Suárez lleva a Washington la amenaza de que España, si las restricciones siguen adelante, dejaría de comprar tecnología americana para las centrales nucleares. Como amenaza podría valer, si se hiciera, pero mucho nos tememos que su viabilidad sea escasa. Y aunque Carter no es muy partidario del desarrollo de la energía nuclear en los Estados Unidos, podría verse obligado, ante las presiones de gigantes como la Westinghouse y la General Electric, a hacer ciertas concesiones a países como España con tal de garantizar la actividad de estas empresas a las que frena en suelo yanqui.

En resumidas cuentas, no va a llegar la sangre al río en el terreno nuclear. Tampoco en los que antes hemos citado, en donde habrá acuerdos de principio a la fuerza. Suárez, y también el centro político que muy probablemente va a encabezar, necesitan de los Estados Unidos de cara a las elecciones. Y necesitan el apoyo americano para sacar a España de la crisis tras las elecciones. Se opta por un camino peligrosísimo, que probablemente va a acrecentar los gravísimos problemas estructurales de la economía española y que puede ser dramático a corto plazo; pero eso no cuenta hoy. ■ CARLOS ELORDI

SUAREZ EN EL PAIS DE LOS GIGANTES

FERNANDO GONZALEZ

La creciente "democratización" española parece reflejar una ecuación política en la que al otro lado se halla el beneplácito norteamericano. El concepto es engañoso. Aunque el Presidente Carter apoye la reforma, tolere el eurocomunismo —lo que ha permitido al Gobierno español legalizar al PCE— o mantenga los brazos abiertos a Adolfo Suárez, no debe interpretarse que ambas estructuras sociopolíticas entran por un cauce de igualdad. La macroóptica imprescindible para juzgar cualquier acción en el seno de los Estados Unidos ha de aplicarse, en este caso, una vez más.

La política radial emanada de Washington, así como la situación estratégica y geopolítica de España dentro del tablero de la llamada "defensa occiden-

tal", marcan una línea a seguir. Un análisis sereno de las ya dilatadas relaciones Madrid-Washington —1953 a 1977— desprende un axioma que alienta en dichas relaciones: a Washington no le preocupa el tipo de régimen —democrático o no— que exista en España con tal de que éste sea anticomunista —globalmente hablando— y dúctil a la política exterior norteamericana. Por eso, cuando, tras su estancia en Méjico —en el momento de cerrar estas líneas—, Adolfo Suárez sea recibido en la Casa Blanca como un "trionfador", convendrá matizar y filtrar la avalancha de información oficial, plagada de triunfalismos vacuos. En Washington, Suárez representa un éxito de "la capacidad de previsión que el propio Pentágono posee". Así como en



Suárez...

un determinado momento del franquismo —el período técnico— López Bravo era un "éxito previsor del Departamento de Estado" que había sabido hallar dentro del fascismo vegetativo español un sustituto que no alterase sensiblemente los términos de la relación hispano-norteamericana y que fuese "formalmente más presentable", ahora, en el proceso "democratizador controlado", Adolfo Suárez —y con él su Gabinete— será asimilado como otra afortunada invención de la política exterior USA. Sin entrar en el meollo de la polémica para deslindar si Suárez es impulsado o se deja impulsar, conviene repasar las relaciones hispano-norteamericanas para, despojados de retóricas, no esperar más que lo imprescindible del primer viaje a Washington de un presidente de Gobierno español.

Amistad y cooperación

El Pentágono, en 1936, se declara moralmente a favor de la II República, lo que no le impide embargar los envíos de armas a la zona gubernamental, al tiempo que tolera que la Texaco Incorporated —presidida por M. Reiber— suministre carburante a los sublevados. Todos los grandes bombardeos llevados a cabo por la Legión Cóndor alemana —incluyendo el de Guernica— o los italianos de la Aviación Legionaria, fueron posibles mediante el combustible norteamericano que se embarcaba en Port Arthur y se desembarcaba en La Coruña o Cádiz. Los bombardeos de Barcelona, Bilbao, Valencia o Madrid eran un resultado —poco conocido— de la combinación de tecnología nazifascista y carburante de la "gran nación democrática".

Todo ello no impidió que, en 1945, en Postdam, se condenase formalmente al Régimen de Franco como "un peligro fascista". Posteriormente, en San Francisco se vuelve a condenar al Nuevo Estado, pero, naturalmente, se continúa con el suministro de carburante, ahora ya directamente a Escombreras. Las conversaciones de José Félix de Lequerica en Washington y Nueva York para conseguir un cambio de postura oficial norteamericana sobre el Régimen español van acompañadas de un generoso chorreo de dólares procedentes de España a los senadores "amigos de España". Alvin O'Konski, Eugene Keogh, John Rooney, Donald O'Toole, McCarran, entre otros, fueron los beneficiados de esta política "de acercamiento". El Presidente Truman no dudaría en dar créditos —1948— al Régimen "fascista" que habla



condenado. La guerra fría exigía esa operación.

Recientemente, Carter ha revelado que en "determinados países" estratégicos, como Corea, Irán, Tailandia o Turquía, los Estados Unidos no van a tener en cuenta las situaciones internas —en cuanto a respeto de los derechos humanos o nivel de corrupción de sus respectivos Gobiernos—, ya que son vitales para el cinturón defensivo de "Occidente". Así debió de entenderlo el general Eisenhower en 1953, cuando establecía los acuerdos de amistad y cooperación con Franco, un amigo de las fuerzas del Eje a las que Eisenhower venciera. Veinticuatro años más tarde, en 1977, continúa el mismo lazo atando a España, sin que en ningún momento el pueblo español haya sido consultado sobre la conveniencia o no de dichas relaciones. Unas de las más graves de la presente historia europea. Lo que en su día amanarían José María de Areilza y Henry Kissinger, a espaldas de la opinión pública española, continúa inamovible (1).

Las alternativas del Departamento de Estado

Mientras Fraga en Cornualles, en el "Bildberg", rodeado de lo más selecto del pensa-

miento y la acción "occidental", habla de la cooperación en la Defensa Atlántica, y Arias Navarro resucita como espectro político para catalizar todas las "culpas" del franquismo, en Washington, Suárez recibe el espadarazo norteamericano. Una avalancha de tópicos que han de interpretarse como una renovación de las técnicas del Departamento de Estado.

Las tres tendencias que representan Arias, Fraga y Suárez —en definitiva, las tres formas de franquismo articuladas por Washington— han estado en algún momento en el epicentro de los deseos norteamericanos. Cuando el Presidente Ford se paseaba por Madrid, en 1975, acompañado de una nube de guardaespaldas y por un Franco decrepito y amenazando ruina, se aprovechaba la oportunidad para dar el visto bueno al presidente que habla introducido el espíritu del 12 de febrero (un intento fallido de vigorizar al franquismo para su continuidad). Fraga, en esos momentos, era mantenido en reserva en Londres como embajador, mientras la prensa liberal le hacía la imagen de "demócrata" (una revista tan vinculada a la CIA como "Vision" lo presentaba como "una oportunidad democrá-

(1) La transformación de "acuerdos en tratados", a la muerte de Franco —1975—, refuerza más aún la hegemonía norteamericana.

tica en España". La campaña en "The Times" sobre Gibraltar reforzó esta inconcebible imagen). Suárez era un silencioso joven franquista, secretario general del partido único.

Tras la muerte política de Franco —1 de octubre de 1975— y casi coincidiendo con su muerte física, se promocionó la "alternativa Fraga". Un ruego a la continuidad. Arias se consume lentamente en la represión de los movimientos populares. Cuando ya se ha gastado se le retira. Fraga, que llevaba la "iniciativa democrática" en su Gobierno, vira en redondo y recupera al franquismo —la fuerza social que supone— disperso. Hay un interesante cambio de papeles. Adolfo Suárez —y el equipo que él representa— toma la antorcha de la "democracia". Arias Navarro cae en el vacío. Fraga se radicaliza. Hay un largo compás de espera a las elecciones norteamericanas que definirán, naturalmente, la línea a seguir en España. El triunfo de Carter supone el enclaustramiento de Fraga en el neofascismo, para organizar todos los movimientos populistas del franquismo. Suárez —o lo que él representa— cuenta con las complacencias de la nueva Administración.

Recientemente (2), antes de salir a la palestra para ser receptor de todas las culpas del pasado, Arias ha sido "quemado" por los servicios "occidentales". No es ninguna casualidad que órganos de prensa tan diversos como "El País" o "El Alcázar" destruyan su figura, por otra parte perfectamente censurable. El equilibrio está recuperado: Arias, culpable; Fraga, continuador; Suárez, presente "democrático", y, posiblemente, Areilza, una nueva alternativa. Una rueda que alterna y recupera personajes del franquismo, perfectamente controlada.

Tras todo el folklorismo que supone la presencia de Adolfo Suárez en Méjico, ampliamente aireada por la prensa oficial y la RTVE, se perfila el nuevo papel que habrá de desempeñar tras las elecciones mediante un acercamiento a la OTAN. En ese "lapsus" las conveniencias externas de los Estados Unidos pueden necesitar —una vez consolidados democráticamente sus candidatos en España— un apoyo en el Zaire, Rhodesia o Namibia, y nadie va a negárselo. No hay que olvidar que antes que Suárez, Hassan II ya había sido recibido en Washington. Y casi simultáneamente que el joven Suárez lo es Hussein de Jordania. Dos peones —uno africano, el otro en Oriente Medio— de la política imperialista norteamericana. No hay que cantar victoria, en Washington se le abrieron los brazos a Van Tieu y a Caetano, entre otros perdedores. ■

(2) Ver TRIUNFO: "La 'quema' de Arias Navarro", número 742.